

A partir de la comparación entre Lvov, la ciudad natal de Zagajewski, que su familia tuvo que abandonar en 1945 huyendo de la guerra, y Gliwice, la población alemana en la que creció, el escritor reflexiona sobre el desarraigo y los regímenes totalitarios.

## Entre la belleza y la sinceridad

### Adam Zagajewski

**Dos ciudades**  
Traducción de Jerzy Slawomirski y Anna Rubió  
Acartilado, Barcelona, 2006

Manuel Arranz Adam Zagajewski, poeta, novelista, ensayista, en una palabra, escritor, polaco nacido en Lvov en 1945, es sin duda una de las voces más originales de la literatura actual, entendiendo por literatura actual la escrita en los últimos veinticinco años. Esto se dice de la mayoría de los autores de hoy día, lo sé, así que, para entendernos, quizás haríamos mejor en decir que Adam Zagajewski es uno de los escritores menos originales de la literatura actual. Aunque tal vez sigamos sin decir nada ni del autor ni de la obra, pues en definitiva, ¿qué es la originalidad? ¿es acaso un valor? Yo lo dudo mucho. Y me atrevería a decir que Zagajewski también. Claro que la mayoría de los adjetivos aplicados a una obra tampoco dicen gran cosa de ella, eso también lo sé. Son previsibles, intercambiables, retóricos, y eso que, como dice Zagajewski, «no hay dos melones iguales»; pero en fin, ¿qué va a escribir un crítico? Si le quitamos sus queridos adjetivos, no va a tener más remedio que contarnos el libro, ya saben, decirnos de qué va. Y, en definitiva, tendrá que usar adjetivos.

Pues bien, y ¿de qué va *Dos ciudades*? Se lo contaré sin rodeos. De dos ciudades, Lvov, una ciudad al parecer bellísima, incluso hoy en día, que desgraciadamente sólo conozco por fotografías, y en la que nació y vivió los primeros meses de su vida Zagajewski, y Gliwice, no tan bella como la anterior, de hecho parece que bastante fea, aunque a lo mejor sólo por comparación, a la que se trasladó con sus padres huyendo de la guerra. *Dos ciudades* trata también, y quizás sobre todo, de la dualidad y la duplicidad de todo, cosas, personas, acontecimientos, sentimientos, ideas; lo que seguramente no sólo quiere decir que casi todo es susceptible de ser doble, sino, lo que es más inquietante si cabe, que una persona puede ser también otra. O haberlo sido. Por no hablar de los sentimientos y las ideas de esa persona. Esto es algo que cualquiera con una cierta edad y mente abierta que vuelva la vista al pasado reciente no tiene más remedio que reconocer. Si no sucede tan a menudo es sencillamente porque una de esas dos condiciones no suele ser tan frecuente como la otra. La dualidad y la duplicidad de todo lo que nos rodea son dos temas, por cierto también dos, que se las traen. Sobre todo si a uno le da por entablar un diálogo consigo mismo, como es aquí el caso. Ser el doble de otro es una nadería comparado con ser el doble de uno mismo. Y si uno mismo es escritor, o los dos uno mismo, pues en las duplicidades conscientes no se suelen abandonar las cualidades esenciales, y por añadidura a su país, a su pueblo, a su familia, y a uno

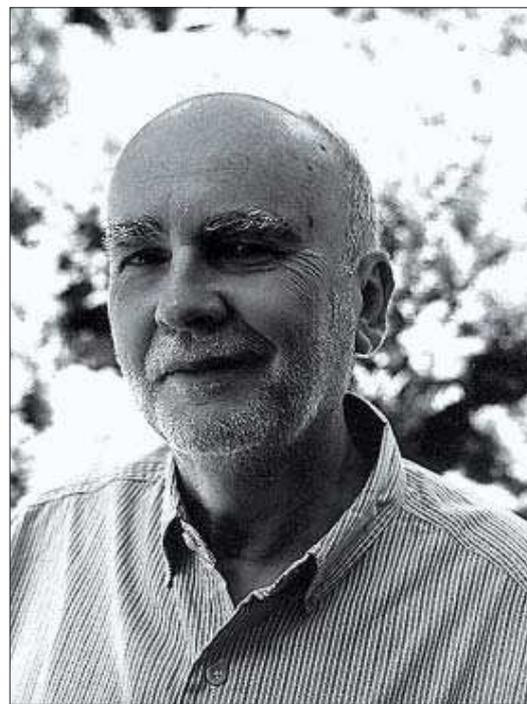
### III El autor aborda la dualidad y duplicidad de cosas, personas, acontecimientos, sentimientos e ideas

mismo, es decir a los dos uno mismo, les ha tocado vivir en primera línea los luctuosos acontecimientos del siglo XX, no le quedará más remedio que escribir sobre ello. Luctuosos es una palabra ambigua, así que traduzcámosla. Luctuosos quiere decir guerras, campos de exterminio, antisemitismo, nazismo, estalinismo, luctuosos

quiere decir, en el lenguaje de Zagajewski, la historia del sufrimiento humano todavía por escribir.

«Entre la belleza y la sinceridad», nos dice Zagajewski en el texto *Cambios en el Este*, es el conflicto particular del escritor. Otros conflictos de los que habla en este libro son: esencialismo contra existencialismo, moralistas contra nihilistas, o inocencia frente a experiencia. Pero los dualismos no se resuelven, como imaginan algunos, en síntesis superiores. Siempre son necesarios los dos términos. Necesitamos tanto el orden como el caos, nos dice Zagajewski, tanto la anarquía como la disciplina, pues el mundo siempre ha estado dividido, o repartido si prefieren, entre las dos. Pero hasta hace poco era una división lógica, coherente, aceptable incluso diría yo. Por ejemplo, caos en el arte y orden en los tribunales, o también anarquía en el patio y disciplina en las aulas. Hoy en día las cosas ya no son así. *Cambios en el Este*, dice Zagajewski. Y en el Oeste, añadiría yo.

La tercera parte del libro, «El nuevo pequeño Larouse», un puñado de jugosas prosas breves que ilustran la literatura tanto desde dentro como desde fuera, contiene además cuatro textos, algo menos breves, dedicados respectivamente a Ernst Jünger, Bruno Schulz, Paul Léautaud y Gottfried Benn, que, para mi gusto, se encuentran entre lo más certero y penetrante que se ha escrito sobre dichos autores. Dicho esto, y lo anterior, no hace falta que les diga ya que *Dos ciudades* es un libro extraordinario.



POETA Y ENSAYISTA. Adam Zagajewski (Lvov, actualmente Ucrania, 1945).

## Al diablo con la música



### Remy de Gourmont

**Pasos en la arena**  
Edición y trad. de Luis Eduardo Rivera Periférica, Cáceres, 2006

M. A. «La inteligencia es como los hongos». Pues bien, estamos de suerte, este librito rebosa de ellos. Las lluvias no sólo traen agua por lo visto. Leemos en el prólogo que una parte de la obra de Remy de Gourmont, novelas y cuentos, no ha soportado bien el paso del tiempo, que hoy nos resulta anacrónico y pasado de moda, y leemos a continuación que fue un escritor culto, inteligente, sutil, incluso innovador y de una rara y exquisita sensibilidad. De manera que no nos queda más remedio

que admitir, aunque esto ya lo sospechábamos, que la cultura, la inteligencia y la sensibilidad son puros anacronismos que hoy no interesan a nadie. O a casi nadie. Las razones de esta falta de interés son naturalmente múltiples y variadas, y naturalmente éste no es el lugar para hablar de ellas. Digamos únicamente que hoy lo que no entendemos no nos suele interesar. «Tal vez la inteligencia sea una enfermedad», dice también uno de estos aforismos, de la que afortunadamente nos vacunan muy temprano. En cambio, sigue el prólogo, sus ensayos y aforismos han soportado mejor el paso del tiempo.

Remy de Gourmont es un escritor de otro tiempo, esto es in-

dudable. No hace falta ver su fecha de nacimiento, sólo hace falta leerle. De ese tiempo, como ha dicho Peter Handke en una reciente entrevista, en que los escritores eran hombres respetados porque eran hombres respetables. Posiblemente él no hubiera dado nada por estos *Pasos en la arena*, escritos seguramente a vuela pluma, como se suele decir, pero los aforismos tienen la virtud de que incluso cuando no están del todo logrados, son una especie de latido del corazón de su autor. Cuando ese latido encuentra eco en el lector es que el aforismo ha dado en el blanco. Nietzsche fue su maestro, pues aquellos escritores, dicho sea esto de paso, leían a los fi-

lósofos, y Apollinaire y Léautaud, otros semi olvidados como él, sus amigos (una joya y un acierto también el texto de Léautaud que cierra el volumen). Sus aforismos, «nitidos, breves, una frase para cada idea, y al diablo con la música», hablan de todo, incluso de Don Quijote, aforismo éste que no me resisto a citar: «No hay lectura más agradable que Don Quijote, ni hay nada más atroz que la imitación, en un género serio, del estilo cervantino». Lo primero lo hemos sabido siempre, lo segundo sólo recientemente. En fin, un libro para leer incluso cuando no se tienen ganas de leer, y en una hermosa y sobria edición. ¿Qué más se puede pedir?